

LA **ALIANZA**
DE LOS **REINOS**

SERIE *joven*

Primera edición,
Febrero 2012

Copyright © Álvaro Calvete Aguilar
Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial
Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

**MUNDOS
EPICOS**
GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11
Portal 4, 3ºB, 29190
Puerto de la Torre, Málaga
Tlf: 951 93 11 34
info@mundosepicos.es
www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-92826-31-5

Ilustración de portada y mapa: MIGUEL REGODÓN HARKNESS
Diseño gráfico y maquetación: PABLO GUIL

Impresión: PUBLICACIONES DIGITALES S.A.

Depósito legal:

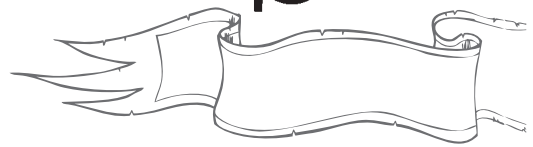
IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

<http://laalianzadlosreinos.mundosepicos.es>



LA **ALIANZA**
DE LOS **REINOS**



ÁLVARO CALVETE AGUILAR



*A mis padres, Pedro y Charo,
por estar siempre ahí y haberme
brindado una vida plena.*

*A mi hermana Marta y su novio Quique,
por haberme sufrido día a día durante
mucho tiempo... y el que les queda.*

*A mi novia Jessica, por ser como
es y ser mi alma gemela.*

*A toda mi familia, pues aunque se encuentren
lejos, los siento cerca... en el corazón.*

*A mis incontables AMIGOS y AMIGAS, que
sin darse cuenta aportan mucho a mi vida.*

*Y a los que se han marchado ya pero
que jamás caerán en el olvido.*

Sin todos ellos, yo no sería lo que soy hoy día.



Índice

1. Zack, Lunna y Cléber	9	24. Rutas dispares.....	191
2. Acechando en la oscuridad.....	17	25. Visita truncada a Tidea	197
3. Reyes de otros reinos	26	26. Estrategia enemiga	205
4. Visita a la ciudadela.....	33	27. Tres historias para tres destinos	210
5. Averiguaciones comprometidas	42	28. Tras la pista del general.....	225
6. Rumbo a la Mina de Hierro..	51	29. El monasterio de Gallea	233
7. Prisioneros del túnel	58	30. Una oportunidad única.....	240
8. Un plan temerario	66	31. La princesa olvidada.....	248
9. La confesión del general.....	73	32. Astrid	256
10. La decisión de Cléber	83	33. Desacertada cuestión de principios	264
11. La Cueva Espiral.....	89	34. Luchando a ciegas	270
12. Invasión enemiga.....	96	35. El primer asalto	278
13. Un nuevo aliado	106	36. La caída de los generales.....	284
14. Tidea, el reino olvidado	115	37. El estandarte de los galeones	292
15. Traición fronteriza	123	38. Norte o Sur	298
16. Buenas nuevas	130	39. La batalla final.....	303
17. El paso de las montañas.....	137	40. Tragedia en Áschar.....	312
18. Un esperanzador viaje	144	41. Asalto de Titanes.....	318
19. Cara a cara.....	152	42. Un reencuentro inesperado..	323
20. Istmia, región de comerciantes	159	43. La batalla de los cinco reyes..	328
21. Rumbo a las Gallas.....	168	44. Adiós princesa.....	343
22. Aires de tempestad.....	179	45. Un nuevo amanecer	354
23. Un trágico desembarco	182	Epílogo.....	359



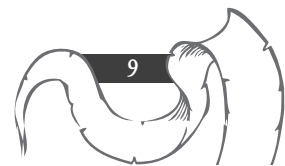
1

*Zack, Lunna
y Cleber*

El sol comenzaba a asomar tras la cordillera del este, y ni el Timnis, su más alto pico, podía ocultar ya la majestuosa presencia del astro rey. La claridad inundaba las tierras del reino de Áschar, y los cálidos rayos que de él emanaban comenzaban a llenar de vida las plantas, los árboles y los seres vivos que merodeaban por el lugar, así como a calentar las paredes de las casas que se esparcían por la ladera; una ladera que se inclinaba para acoger en su más elevado puesto a la imponente, pero ya algo frágil, fortaleza, erigida hacia siglos y protegida por altas y bastas murallas. Sobre los torreones del castillo ondeaban numerosas banderas triangulares de color escarlata acabadas en un bordado dorado que envolvía el emblema real del rey Bernam, una corona de tres picos color nácar, donde el central se alzaba sobre los demás con una piedra preciosa añil engarzada.

Ésta era la típica estampa de la región en la época estival que azotaba el reino, aunque mucho antes del despertar de la Tierra ya había personas que ejercían sus quehaceres o simplemente se paseaban por las indefinidas calles de roca descalza de la aldea. Uno se podía encontrar a multitud de campesinos trabajando la tierra en los campos colindantes o, ya en el interior de las murallas, podía escuchar el sonido proveniente de los martillazos que el herrero asestaba a sus enseres; incluso si uno agudizaba el oído, era capaz de oír el relinchar de los caballos, el graznar de los patos o el cacareo de las gallinas que habitaban las granjas.

Todo el mundo parecía tener mucho que hacer en un nuevo día, aunque siempre había alguien que se lograba escabullir, como Cathuel, un



hombrecillo de escasa estatura que podía pasarse días enteros metido en la taberna. Hasta los más jóvenes tenían ya tareas que cumplir; los chiquillos ayudaban a sus padres en sus labores, o bien aprendían el oficio familiar; en cambio, las chicas se quedaban en casa preparando la comida junto a sus madres y acicalando el hogar, aunque tampoco resultaba extraño ver alguna cuidando bestias o lavando cerca del río.

A pesar de todo, los críos siempre contaban con un hueco para jugar y divertirse a su antojo, si bien las posibilidades eran escasas y la imaginación a veces se quedaba sin ideas.

No era el caso de Zack, un joven campesino de familia humilde, que trabajaba las tierras del otro lado del río, al que siempre le rondaba por la cabeza alguna travesura que lo entretuviera a él y a sus amigos, Lunna y Cléber.

Zack, canijo, que no débil muchacho de mediana estatura, de cabellos negros cortos y ojos oscuros, vivía en una de las casas más alejadas del poblado, en la parte baja de la colina, cerca del río. Su hogar resultaba muy sencillo, fabricado con paredes de adobe y tejado de caña. Si algo caracterizaba a los campesinos pobres era su morada, pues sólo con fijarse en la puerta, uno ya sabía de qué condición era; la de Zack era de mimbre, algo que ya era un lujo, pues lo normal era hacerla con corteza trenzada, y es que su padre era muy habilidoso e intentaba siempre hacer lo mejor para su familia, algo que en el interior no tenía mucho arreglo, pues lo único que alcanzó a fabricar fue un pequeño estante en el que colocar algunos utensilios de cocina. Las camas se limitaban a unos montones de paja, teniendo que dormir sin desvestirse siquiera.

Lunna era una muchacha hermosa donde las haya, de cabellos dorados y complexión digna de una princesa, con grandes ojos verdes y de piel blanquecina. Vivía una situación parecida, con puerta de mimbre incluida, cortesía del padre de Zack; la única diferencia estribaba en la ocupación familiar, pues Lunna debía ayudar a su padre con las ocas y gallinas que poseían, además de un pequeño huerto donde cultivaban repollos, nabos, habas y lentejas.

Cléber era el mayor de los tres, con quince años por catorce de los otros, razón que le llevaba ocasionalmente a no aceptar las genialidades de Zack. Lucía una melena corta que solía llevar desgreñada, y al igual que sus ojos, era de color castaño; era alto y fornido, y constituía la ex-

cepción, pues su familia era una de las pocas privilegiadas de la aldea, con emplazamiento cerca de las murallas de la ciudadela; contaban incluso con un portalón de madera y con muebles, aunque su condición de rico tenía el inconveniente de tener que dar una parte de su cosecha al rey, algo que no suponía un gran problema dadas las posesiones de que disponía, entre ellas un buey, una vaca y un carro, junto con cerdos, patos y gallinas, que en alguna ocasión picoteaban los bienes obtenidos de su recolecta, algo que hacía enojar muchísimo a su padre.

No todos los días se reunía el trío para divertirse, algunos terminaban tarde de sus ocupaciones y la noche caía, privando a los muchachos de su rato de libertad; otros, la lluvia hacía aguas sus ilusiones, y cuando no, sólo se juntaban Zack y Lunna, pues Cléber, dada su situación económica, tenía ciertos aires de superioridad, y esto hacía que a veces no quisiera jugar con sus únicos amigos, pues ningún otro del poblado aceptaba las maneras que empleaba de vez en cuando. A pesar de todo, no era un mal chico, y tanto Zack como Lunna, que eran de buen corazón, dejaban que siempre que quisiera retozase con ellos.

Dada la época del año, las horas de luz se alargaban, y como era un período seco y caluroso, no era muy probable que una lluvia estropeará el rato de diversión. Una de esas tardes, tras finalizar las labores cotidianas, Zack fue en busca de Lunna, que terminaba de cerrar el pequeño pórtico que cercaba a las ocas.

—¡Eh! ¡Lunna! ¿Has terminado ya? —gritaba Zack a poca distancia ansioso por conocer la respuesta.

—¡Ahora mismo voy, Zack! —respondió la niña al tiempo que terminaba de echar el cerrojo.

Al poco salía Lunna de su casa corriendo agitadamente mientras esbozaba aquella inconfundible sonrisa que nadie podía resistirse devolver.

—¿Vamos a buscar a Cléber? —preguntó mientras se ajustaba las ropas descolocadas por la carrera.

—Vale —asintió Zack—, a ver con qué nos sorprende hoy —añadió antes de soltar una pequeña carcajada burlona pero exenta de malicia.

Los dos muchachos comenzaron así a remontar la ladera mientras dialogaban animadamente ideando planes para aquella prometedora tarde.

En cuestión de minutos divisaron la casa de Cléber y a éste atareado con la vaca, a la que sacaba del corral para ir a dar de beber.



LA ALIANZA DE LOS REINOS

—¡Cléber! —llamó Lunna—. ¿Vienes? Vamos al río que hace mucho calor —intentó convencerlo la dulce expresión de la muchacha, aunque la cara contraída de Cléber delataba la respuesta del joven.

—¡Qué más quisiera yo! Tengo que ir al pozo a por agua para la vaca —concluyó refunfuñando.

—Pues tráetela al río y le das allí —solucionó rápidamente la joven, para la que la vida era de lo más sencilla.

—Claro, y cuando la traiga de vuelta tengo que bajarla de nuevo porque llega con la lengua fuera —respondió a su amiga como si ésta no supiera ya que su conclusión era absurda.

—Bueno, pues tú termina lo que tengas que hacer y luego bajas, ¿vale? —interfirió Zack para poner tierra de por medio—. Te esperaremos en la charca cerca del puente de piedra. —Y aferrando a Lunna de la mano echaron a correr pendiente abajo mientras se despedían de Cléber apresuradamente.

—Sí, tranquilos, ya llegaré...

Dicho esto tomó a la vaca por la soga y se giró en dirección al pozo.

Los dos niños llegaron al lugar que le indicaron a Cléber mucho antes de lo que tardaban normalmente, y es que Zack parecía más impaciente e inquieto que nunca por llegar a la charca en la que habitualmente por esas fechas se daban los chapuzones para refrescarse.

—Vaya, Zack, casi no toco el suelo con los pies —jadeó Lunna—. ¿Se puede saber a qué viene tanta prisa? —terminó preguntando casi sin aliento.

—¡Es que al ver la vaca de Cléber me he acordado de algo que descubrí el otro día cuando no pudisteis venir y tenía prisa por enseñártelo! —exclamó entrecortadamente, casi sin respirar—. Ven.

Tomó de nuevo a la chica de la mano, y la condujo a través de las matas y arbustos que se agolpaban a un lado del camino más allá del río, tras cruzar el puente de piedra. Avanzaron veloz y a trompicones a través de la maleza, y Lunna, de no ser porque Zack agarraba su mano, hubiera perdido el equilibrio en varias ocasiones. Tras un corto pero intenso viaje por entre la maraña de plantas, que se cobraron unos cuantos arañazos en brazos y piernas de ambos, llegaron a un pequeño remanso entre la vegetación, que sin embargo continuaba techado por las copas más altas de los árboles.

Lunna aún se reponía de la carrera cuando levantó la cabeza.

—Mira —la animó Zack entusiasta e ilusionado, como si estuviera a punto de desvelarle el mayor de los tesoros que esconde el mundo.

Lunna, con el corazón golpeando rápidamente su pecho y la mirada curiosa, a la vez que algo asustada, acertó a distinguir en el suelo un esqueleto medio enterrado por la hojarasca y la tierra reseca.

—¡Vaya, Zack! ¿Eso es el esqueleto de una vaca? —curioseó sin apartar la mirada del cráneo del animal.

—¡Sí! Y por lo que parece lleva aquí mucho tiempo; seguramente se perdió y se quedó atrapada en este recoveco sin poder salir.

El ver un animal muerto no era nuevo para los niños, que acostumbraban a asistir a las matanzas que se celebraban en la aldea, pero verlo hecho ya un montón de huesos era la novedad, más todavía en aquel lugar tan rebuscado, lo que le daba un toque de misterio y hacía sentir escalofríos a la chiquilla.

—¿Qué te parece? Podemos jugar a que era el último dragón que quedaba, o a que era un monstruo gigante al que yo derrotaba para salvarte de su guarida, o a que se trataba de una tumba muy antigua donde había un tesoro y este esqueleto lo protegía... —fantaseaba Zack de manera casi natural en él, ansioso por conocer cuál era la opinión de su amiga.

—No sé, como quieras, Zack. ¡Es genial! —acertó a decir la niña, contagiada ya del entusiasmo de su acompañante, olvidando por completo el estremecimiento que hacía escaso tiempo recorría su cuerpo.

Finalmente, Zack se convirtió en el caballero que debía rescatar a la princesa Lunna de las garras del dragón, y pasaron allí gran parte de la tarde jugando.

Aún quedaba un rato de claridad cuando terminaron, por lo que decidieron que era momento de darse el chapuzón al que habían venido en un principio, y que les sacaría la roña acumulada durante la recreación. De nuevo se lo pasaron en grande, esta vez chapoteando en el agua, y tras un divertido baño, se sentaron para esperar estar secos y regresar a casa a descansar.

—¡Nos olvidamos de Cléber! —exclamó Lunna sobresaltada al acordarse de sopetón de su amigo—. Igual vino y como no estábamos... —planteó un poco abatida por el sentimiento de culpabilidad.

—Parece que no le conoces, Lunna —la tranquilizó Zack—. Seguro que ni siquiera pensaba bajar; mañana iremos a buscarle.

—Eso espero, porque si no se va a enfadar bastante... —ironizó Lunna con una pícaro sonrisa en sus labios.

—Ja, ja —la acompañó Zack riendo, hasta que los dos carcajearon escandalosamente debido quizá a la buena tarde que habían pasado.

Tras las risotadas, durante uno de esos momentos de silencio absoluto que aparecen en todas las conversaciones relajadas y distendidas, Zack se imaginó ataviado con armaduras reales y espada en mano combatiendo con un dragón de carne y hueso, rememorando la fantasía que había compartido con su inseparable amiga, y movido por la pasión, sintió la necesidad de compartir en voz alta sus pensamientos:

—Lunna, ¿qué te gustaría hacer dentro de unos años? —interrogó con la mirada perdida al cielo.

—¿Cómo? —respondió ella un poco extrañada.

—¿No te gustaría ser verdaderamente la princesa de nuestra historia? —volvió a preguntar Zack.

—No lo sé, supongo que sí... sí, ¿por qué? —cuestionó esta vez más sorprendida incluso que la anterior.

—A mí me encantaría ser un caballero que salvara a la gente y luciese una armadura empuñando una espada —argumentó aún embelesado, con la mirada perdida oteando el firmamento—, como uno de los cuatro grandes generales del rey Bernam.

—Zack —lo llamó Lunna reclamando su atención—. Estoy segura de que serías un magnífico caballero —terminó la chiquilla, regalando a su cómplice una de esas sonrisas que reconfortan incluso al viajero más extenuado que desafíe los confines de la Tierra.

Tras el diálogo, Zack tomó por última vez de la mano a Lunna ese día y ambos se incorporaron para regresar a casa, pues los cálidos rayos de sol comenzaban a escasear, y calentaban cada vez menos.

Después de despedirse de la niña, el crío abrió la endeble puerta de mimbre que colgaba de la pared frontal de su hogar y saludó a sus padres.

—Hola, madre; hola, padre. Ya estoy aquí —anunció soltando un bostezo que delataba su cansancio.

—¿Dónde habéis estado? —quiso saber la mujer—. Cléber ha venido aquí preguntando por ti y por Lunna porque dice que quedó con vosotros en el puente del río y que no estabais allí —informó esperando algún tipo de explicación por parte de su hijo.

—¿Ha venido Cléber? —comentó el chico extrañado, como si fuera lo último que esperaba escuchar—. Estuvimos en el río, pero en el puente de piedra de la muralla este; seguro que no se enteró muy bien —intentó excusarse rápidamente para salir al paso, pues a su madre no le gustaba que anduviera solo merodeando por las afueras del poblado.

—Zack, ¿por qué tenéis que ir tan lejos a bañaros teniendo un puente aquí al lado? —insistió de nuevo intentando que su hijo la comprendiera, tratando de disimular su enfado al mismo tiempo.

—Es que en el otro hay más profundidad en la charca y nos podemos tirar mejor... —se justificó hábilmente.

—Zack, haz caso a tu madre; es por tu bien —intervino diplomáticamente el padre, restándole importancia al asunto—. Comportate como es debido si no quieres que te castigemos sin salir.

—Está bien —dijo el muchacho en un tono suave mientras agachaba la cabeza—, lo siento.

—Anda, come algo y ve a dormir, que mañana hay que madrugar —concluyó la madre para dar por terminada la discusión, pasando su mano agitadamente sobre la cocorota de su hijo.

Aquella noche Zack soñó con la conversación que mantuvo con Luna y, por unas horas, llegó a convertirse en el caballero que aquella tarde derrotaba al dragón y salvaba a la princesa de sus garras.



Mientras el pueblo dormía, entre los muros del castillo había una amplia sala a la que le costaba conciliar el sueño, una estancia que se encontraba iluminada por el fuego colgante de unas antorchas que chisporroteaban ante el preocupante silencio que en ella residía. Entre los ocupantes de aquel recinto, tres de los cuatro grandes generales al servicio del rey Bernam, y este mismo al frente de todos ellos. Parecía que trataban algún tema de suma importancia, pues sus rostros preocupados e inquietos delataban algún hecho acontecido o por acontecer.

De improviso, D'Argelis, el general que restaba de los asistentes, y mano derecha del rey, hizo acto de presencia en la sala, haciendo gala de su grandioso talante y su imponente envergadura, que echarían para atrás a cualquier oponente que osara interponerse en su camino. Su rostro en



cambio no traía buenas nuevas, y la inquietud reinante en la habitación hizo que todos sus inquilinos se pusieran en pie casi al mismo tiempo, esperando quizá una confirmación acerca del asunto que le llevó a no estar presente aquella noche desde el principio en compañía de sus homólogos.

